

# SERGIO HELLIN

No sabía pronunciar tigre pero ya dibujaba detalladamente uno.

Así empieza mi relación con el arte que fue buscado y negado, que fue necesario.

En el mostrador de la farmacia de mi abuelo, y después de mi madre, pasaba las horas dibujando con alguna lapicera sobre cualquier papel y los clientes, casi todos vecinos y vecinas me pedían que les dibujara algo.

Cabezón, dibujante un soldado, un gol de boca, un "tigle", y yo encantado.

Dibujamos sin casi instrucciones, todos alguna vez, antes de descubrir las letras q no son más ni menos que una abstracción de un objeto y finalmente un sonido.

Dibujamos un sonido, le ponemos otro al lado y así nos comunicamos de forma tan compleja.

Esa fila de trazos serán decodificadas y a veces entendidas. Dibujamos para comunicarnos. Fui el q "dibujaba bien" lo q me llevó a hacer tareas propias y ajenas en aquella época sin internet ni impresora.

Por algún motivo cursé el secundario en un colegio técnico y aprendí que las líneas, sus largos, sus grosores, posiciones, formas también eran un código para ser entendido.

Recién en la facultad de arquitectura pudo darse el encuentro entre el dibujo libre del niño y la formación académica, pero todavía con las limitaciones del cumplimiento. Fechas, notas, críticas. No era tan libre, si creativo e interesante

Nunca desapareció el dibujo abstracto. Llamo así al dibujo que logra abstraerme más por eso q por su definición de academia, al garabato en el margen del cuaderno, en la hoja donde debía resolver otras cosas.

Tuve motivos para abstraerme o evadirme por un rato. Una internación de algunos días por una cirugía complicada, noches de insomnio por algún desamor y siempre tuve el deseo de dibujar incluso ante esas formas de la muerte.

Un día hablando de arquitectura y alguna mujer con quién fuera mi mentor y amigo Ramiro Quesada le mostré algunos de esos dibujos y le pregunté si podía darme consejos o clases. Vos ya sabés, me dijo, te puedo ayudar pero ya lo tenés. Ponete a pintar, pintá mucho, sacale tiempo a otras cosas, pintá, dibujá, cuando algo te salga bien déjalo y hacé otra cosa, si no sale déjalo también un tiempo. Todo sirve. Tengo una muestra chica en unos días, solo telas pintadas al palo y colgadas en la pared. Hacete unas diez y exponemos juntos. Pintá lo que quieras.

Lo hice, expusimos. Lo que hice le gustó a mucha gente, o no tanta, pero para mí era un estadio lleno.

Ese fue el comienzo, ahí conocí el abismo y la belleza de estar frente a una tela o una madera rodeado de tarros de pintura.

En esos días, no hace mucho, encontré la mezcla justa entre mi necesidad de expresar, de hacerlo libremente, de comunicar y de abstraerme. Sin horarios, sin obligaciones, sin notas. Sigo dibujando y pintando, mostrando, vendiendo algunas obras y con muchas otras repartidas en casas de gente querida.

Mi amigo y mentor murió, tal vez sin saber lo que logró en mí, el favor que me hizo iluminando este camino y diciéndome dale, es por ahí.

Hace un par de semanas empecé a aprender a soldar para hacer esculturas en hierro porque la expresión también exige, pide más, necesita más herramientas, más lenguajes y todavía escucho los consejos de Ramiro.

Se acercan dos o tres muestras más y empiezo a prepararme, a disfrutar y a tratar de manejar cierta ansiedad.

En esto anda más o menos la historia del pibito que dibujaba tigres en selvas que apenas mostraba un tal Tarzan desde un tele chiquito en blanco y negro, que puede ser la historia de cualquiera que busque un camino.

Una historia vista desde los cincuenta años, revisada y comprendida.

Cada día empieza en blanco o no tanto pero hay cosas que se pueden hacer.

Acá estoy. Veamos qué sale.

Les dejo algunas obras y el link de Instagram dónde subo lo que hago.

